

ANTONIO LOPEZ ORTEGA

DOS BREVES

BELLAGIO

Mi padre cultivó un cuadro. Lo compró en Bachaquero — un *marchand* recorría las casas del campo una vez por semana — y lo colgó en la pared más ancha del comedor. El cuadro presidió todas nuestras comidas, todos los alaridos de la niñez, alguna bofetada extraviada en alguna reprimenda. He querido reconstruir la imagen del cuadro: una casa añeja y vetusta es bañada por el tenue oleaje de un lago que desprende la pintura de la base. Es una casa como amarillenta, alta y suspendida, con una escalera lateral que sube desde la superficie del lago hasta los niveles superiores. Supe siempre que había escalones bajo el agua y me los imaginé resbaladizos, con musgo y caracoles.

Tiempo después he sabido que la pintura — primitiva, nostálgica, realista — reproduce alguna imagen del lago de Como en Italia. Me han hablado de montañas que abruptamente se incrustan en el lago y de caseríos forzados a permanecer en la línea extrema de arena que la tierra ofrece a regañadientes.

Me han hablado también de un promontorio en forma de península desde donde se divisa la totalidad del lago, ocupado en sus orígenes por los llamados Ligurianos, pacíficos aborígenes que vieron transitar desde la Antigüedad a etruscos, celtas, teutones, griegos y venecianos.

Siempre he sabido que el cuadro de mi infancia ha sido la prefiguración de mi muerte. Y ahora que al fin de mis días camino lentamente hacia la cima del promontorio, donde una fina dama hizo reconstruir la Villa Serbelloni, siento que el ciclo se cierra, que todo inicio contiene su propio desenlace.

REVERSIBLE

Marie-Ange nunca ha existido. No existió nunca su cara, no se desbordó nunca el *rimmel* negro de sus ojos también negros, no fue baja su estatura. Nunca nos conocimos en un pasillo de la universidad de París y nunca supe que era divorciada y que tenía un hijo vivaz de diez años.

Su carro no era un Renault. El tren para ir a su casa no se tomaba en la Gare Saint-Lazare. No quedaba su apartamento en un segundo piso y nunca su habitación dio hacia un patio interior con flores.

Su cama nunca fue un colchón duro tirado en el suelo. Su ventana nunca se estremeció con la ventisca y la lluvia.

No probé su cuerpo. Nunca me extendí sobre esa superficie pálida, ansiosa, que me esperaba todos los viernes en la noche y no se rendía hasta el amanecer.

Nunca fui a un concierto de Genesis con su hijo: nunca nos emocionamos oyendo un solo de batería de Phil Collins.

No existió Marie-Ange. Lo que existe es el recuerdo, incisivo, y el único que insiste en darle cuerpo soy yo.